

“Ariel” en el Momento de su Aparición (1)

Es un compromiso tan honroso como excesivo para mis escasos merecimientos el que me ha conferido el Instituto Histórico y Geográfico al invitarme a disertar desde su tribuna en acto de homenaje a José Enrique Rodó con motivo del cincuentenario de la aparición de su *Ariel*.

Debo al más grande de nuestros escritores no sólo mi participación en ese sentimiento colectivo de reconocimiento patriótico en que coincidimos los hijos del Uruguay por los auténticos y encumbrados valores literarios de su obra, que levantan el nombre de nuestro país en el concepto del mundo y contribuyen sustancialmente al prestigio continental de su cultura. Le debo asimismo mi agradecimiento profundo porque en la modestia de mi pequeño destino personal me deparó una honra que el tiempo ha venido agrandando conforme su gloria ha venido creciendo, y hoy me conmueve cada día como un regalo precioso cotidianamente renovado.

El, en efecto, patrocinó mi primera colección de poesías con un prólogo de insuperable belleza que figura entre las páginas magistrales de su “Mirador de Próspero”; y para que el espaldarazo resultara aún más extraordinario, yo he sido el único poeta joven de mi país prologado por su pluma.

Con la emoción de todos los recuerdos que agolpa en mi espíritu esa invalorable prueba de amistad y de estima, retorno a la época en que como un joven discípulo me acercaba al resplandor sereno de su llama para bañar en él mi frente y platicar y hasta discutir, animado por la imprudente osadía de la juventud, con aquel “dulce y suave maestro, todo luz y armonía”, como dije de él cuando me

(1) Homenaje a Rodó en el Cincuentenario de “Ariel”. Sesión pública del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, celebrada el 19 de Marzo de 1950, presidida por el historiador A. González que hizo la presentación del conferenciante.

tocó tributarle, a raíz de su muerte, en las páginas de una revista bonaerense, mi espontáneo homenaje lírico.

Poco antes, no mucho más de un año antes de la publicación de mis versos, había aparecido *Ariel*, el libro que tras su labor de *La Revista Nacional* y sus ensayos "El que vendrá" y "La Novela Nueva", que ya habían atraído la atención de la crítica continental, lo consagraba definitivamente como uno de los más altos valores nuevos de las letras de Hispanoamérica.

Como mi disertación de esta tarde, para que mejor responda al carácter del Instituto que la patrocina, ha de tener más que un sentido de apreciación literaria un sentido histórico de rememoración personal, recordaré que hace cuatro años me cupo el honor, al mismo tiempo insigne y extraño, de hacer la "Presentación de Rodó y su *Ariel* en Moscú", en ejercicio de una de las funciones que me parecía más esenciales a la naturaleza de mi cargo de Ministro del Uruguay en la Unión Soviética.

Me van a permitir ustedes que intercale la lectura del pasaje de mi conferencia de entonces en que me refiero al libro cuyo cincuentenario conmemoramos ahora.

Adviertan mis distinguidos oyentes, que es esta la explicación en síntesis, la sínosis de un libro para la comprensión de un público que por primera vez oía hablar de él, porque si bien yo hablaba ante un auditorio compuesto en gran parte de españoles no creo que estos estuviesen enterados de la obra ni de la existencia de Rodó, como acaso tampoco los rusos hispanistas, algunos de ellos escritores distinguidos que me escuchaban con deferencia al igual de varios diplomáticos de diversos países. (1)

Y bien: ese libro encantador puede ser considerado un himno en prosa, en magnífica prosa clásicamente estilizada y musicalmente labrada en la sonoridad suntuosa de nuestro idioma, que por momentos adquiere, bajo la magia de ese estilo, la virtud del mármol pétreo cuando se transforma en carne de estatuas eternamente vivas.

¿Un himno a qué? Pues acabamos de decirlo: al idealismo en la conducta moral del hombre, al desinterés, a la generosidad, a la belleza y al arte como alas de las más puras energías del espíritu...

(1) Intercala la lectura del fragmento de la conferencia de Moscú relativo a "Ariel" (Pág. 213).

Rodó había sentido la necesidad de entonar ese himno para ofrendarlo como una lámpara votiva, como una ondulante llama de amor filial ante los altares del alma y del genio hispánicos, en el momento de la historia en que sobre el eclipse casi total de los últimos restos del un día imperialismo colonial español, se extendía como una marea de prestigio sajón que amenazaba "deslatinizar" a las nuevas generaciones de Hispanoamérica.

Lo curioso es que el entusiasmo por Estados Unidos había prendido en el corazón de los jóvenes hispanoamericanos, no por el ascendiente de la grandeza material y el influjo de una filosofía de positivismo y pragmatismo que emanaba de toda aquella formidable fábrica de progreso material y de fuerza económica, con su religión de la actividad productora y su culto de la energía física, sino por virtud del ademán de paladín de los derechos de un pueblo oprimido y de un sueño de independencia nacional, que la poderosa república del Norte había desplegado cuando hizo suya la gloriosa causa de "Cuba Libre" y se encaró con la monarquía española para hacer triunfar las sagradas aspiraciones de los valientes "filibusteros" cubanos.

Nuestra generación espectadora y testigo de ese acontecimiento, ardió de entusiasmo ante la actitud generosa de una potencia americana que para nuestras mentes juveniles actuaba no con la dura y sórdida decisión egoísta de Calibán sino, precisamente, con la inspiración alada y luminosa de Ariel.

Yo conservo vivo el recuerdo de nuestra fervorosa adhesión a la causa que encarnaban luchadores de la talla de un Máximo Gómez, de un Maceo, de un Calixto García, y sobre todo de un José Martí, cuya radiante aureola de escritor y pensador genial se confundía con la del mártir para la veneración de toda América en la inmortalidad de su gloria.

Ninguno de los que tienen mi edad puede haber olvidado sucesos de tanta resonancia en la vida montevideana como el de aquella conferencia de un orador cubano, Agüero, patrocinada por los estudiantes en un local de la plaza Cagancha, y que un grupo de españoles exaltados quiso interrumpir asaltando el local y dando origen a un descomunal tumulto con abundancia de silletazos, estacazos y no pocos balazos, sin que hubiese felizmente sino leves lesiones personales que lamentar.

El orador, que venía en jira de propaganda por estos países del continente, trazaba con arrebatadora elocuencia el cuadro de la lucha sostenida por los revolucionarios de Cuba contra las autoridades españolas, cuya opresión y crueldad represivas, que alcanzaran un grado máximo bajo la gobernación del famoso general Weyler, pintaba en forma semejante a la de los artículos de notables publicistas de su patria, entre ellos y sobre todo el conceptuoso Rafael Merchán.

En una polemica mantenida por ese ilustre cubano con un doctor Uribe, defensor de la denominación española en Cuba y adversario acérrimo de los Estados Unidos por su política en favor de los anhelos de libertad e independencia del pueblo cubano, hallamos el acento y los relatos con que el elocuente propagandista de la revolución emancipadora pintaba el terror y las crueldades del dominio español en la isla, y el heroísmo y sacrificio de los revolucionarios.

La defensa y el elogio que aquel notable periodista cubano tejía, en memorables artículos de polémica, de la conducta de los Estados Unidos; y la simpatía que por la gran república del Norte, por el espíritu de sus instituciones y por el carácter de la nación y del pueblo yanqui se desprende de ese alegato, era la tónica dominante en la posición de nuestro espíritu de partidarios ardientes de la revolución cubana.

Fué después, al apagarse el resplandor de esa gloriosa gesta en que finalmente brillaban juntos, ante el entusiasmo de la juventud americana, las hogueras del idealismo de la revolución redentora con los fogonazos de los cañones de la marina yanqui, cuando resurgieron y se difundieron los celos que inspiraba el poderío económico de la patria del dólar y se intensificó con virulencia justiciera el resentimiento por los métodos de brutal explotación que aplicaba su capitalismo avasallador sobre algunas masas indígenas del continente. Y como la misma política internacional estadounidense viró bajo la presión de los intereses del formidable capitalismo financiero, que tenía su centro y metrópoli en Wall Street, hacia antipáticas formas de preponderancia e ingerencia en las soberanías latinoamericanas, enarbolando por el puño de Teodoro Roosevelt "la ley del garrote" como presunta garantía de la tranquilidad de la gran potencia ante los disturbios interiores de los países limítrofes o cercanos, pero como agente real del predominio de las empresas capitalistas y mo-

nopolistas yanquis, surgió y creció por toda América Latina el sentimiento antiimperialista yanqui. Esta es una corriente en la cual se mezclan diversas intenciones, pero cuya razón de ser reconocieron un día tendencias políticas que llegaron a ser gubernamentales en la misma gran república e implantaron, bajo la inspiración y la guía de Franklin Delano Roosevelt, la "política de buena vecindad".

"Ariel" había aparecido en la víspera y casi en los prolegómenos de dicho movimiento. En ese libro lo que se pronuncia es aquel estado de ánimo de prevención, contra la influencia espiritual anglosajona, que fué siempre una preocupación del alma latina, sobre todo en Europa.

Diez años después de escrito ese mensaje, Rodó en estupendas páginas de un ensayo dedicado al libro "Idola Fori", del escritor colombiano Carlos Arturo Torres, retoma en gran parte la plática del Próspero de su "Ariel" e insiste en su prédica, deteniéndose además a definirse en cuanto a su posición filosófica en forma que completa admirablemente su profesión de fe neo-idealista, como el mismo la llama.

Allí nos dice que "uno de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano" era en su hora "el sentido idealista de la vida; la permanente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización".

Si un libro hay que revele ese rasgo y seductoramente lo encarne y tienda a propagarlo en la inclinación y actitud de la joven mentalidad latinoamericana, ese libro es Ariel.

Según Rodó esa "nota de nuestra vida mental" correspondía "al fondo común de sentimientos e ideas" por las cuales su tiempo se caracterizaba en el mundo. Y puesto a señalar de dónde proviene el impulso de lo que es a su juicio "revolución universal del pensamiento" encuentra su causa, "en parte como reacción y en parte como ampliación", en las postrimeras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX.

Con seguro trazo alude a la acción y el influjo del positivismo en la ciencia, donde condujo a corroborar y extender el método experimental; en la literatura y el arte, donde llevó al naturalismo

realista; en el plano de la "pura filosofía", donde vino "a abatir idealismos agotados y estériles"; en la realidad política y social, "donde tendió a introducir el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común".

No deja de reconocer que el espíritu positivista captado en las cumbres, es decir, en los más altos representantes del positivismo, (y cita a Conte, Spencer, Taine, Renán), aparece aliado a una tal calidad de pensamiento y alteza del punto de mira que "infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador de las más nobles facultades y aspiraciones". Pero deja constancia de que el positivismo, en grado y manera que no se detiene a considerar, "degeneró y se estrechó en la conciencia europea, como teoría y como aplicación", para mirar entonces a nuestros pueblos y declarar que esa revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, "pobremente interpretada en la doctrina y bastardeada en la práctica".

Degeneró en un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo, que "en lo tocante a la acción y al gobierno de la vida llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano al menosprecio, o la falsa comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil".

Con esos, y otros muchos conceptos más que debo dejar al margen para no rebasar demasiado los límites de mi disertación, nos ilustra sobre el panorama mental de una época inmediatamente anterior a la suya, para referirse en seguida a las nuevas generaciones que llegaban y ponían el oído a "las primeras manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización". Y así abre el camino a su profesión de fe filosófica, que encierra en una sola página del bellísimo ensayo que vengo glosando.

Declara allí que el positivismo, que es la piedra angular de su formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y la corona. Desde luego no satisface a las inquietudes de su espíritu la actitud del positivismo ante el misterio, que no puede ser sometido a la "indagación positivista", y sin confundirse con los materialistas racionalistas que creen que todo misterio puede ser penetrado o disipado

por la ilimitable razón científica, rechaza el muro de lo incognoscible, porque no quiere renunciar a "la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve". Proclama a las "ideas" como norma y objeto de los humanos propósitos. Pero su idealismo, dice "no se parece al de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1800, los revolucionarios y utopistas de 1842. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres..."

"La iniciación positivista dejó en nosotros, agrega, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de la relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e intención del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebatado estéril, de la vana anticipación. Somos los **neo-idealistas**, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas mar adentro, tiene confiado el timón a brazo firme y muy a menudo la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobreaviso contra los engaños de la vida".

Lo que en esas frases nos entrega es, en realidad, más todavía que su profesión de fe filosófica, su retrato moral, la efigie ideal, el de su temperamento y de su carácter; sin duda también el tono y la calidad de su inteligencia.

Allí ha consignado la norma de pensamiento y de vida a que quiso ceñirse por considerarla la más adecuada al mejor cumplimiento de los destinos de la persona humana en los diversos planos de la vida. Más que la expresión de una verdadera profesión de fe filosófica es un criterio de sabiduría personal para el pensamiento y la acción.

Rodó, no siempre pudo —y eso nos pasa a todos— aplicar exactamente tales máximas rectoras de la conducta mental a la realidad cotidiana de su existencia. Pero, tal vez, los hombres revelamos más y mejor nuestra propia esencia íntima por lo que hemos querido ser o hacer que por lo que hemos podido llegar a ser o a hacer en cada etapa de nuestro viaje. Lo innegable es que él ha seguido, en sus

líneas más definidoras, ese camino de elevación y de ecuanimidad con las armoniosas alas de su sereno espíritu. Y toda la pura excel-situd de su obra de escritor resplandece de esa actitud de su ánimo para andar por el mundo y para juzgarlo desde ese mirador de Próspero, que era su propia conciencia, en el silencioso ejercicio de la meditación y el comercio fecundo de las ideas.

Ahí, en esos párrafos que acabo de recordarles, está todo Rodó. A quien para definirlo cabalmente hay, sin duda, que imaginárselo como una perfecta encarnación de Ariel.